

*Bajo un silencio*, de RODRIGO QUIJADA.  
Luis Rivano, editor. Santiago, 1963.

Fenómeno común en la "literatura adolescente", es el de la constante aparición —y esfumatura— de nuevas y fugaces figuras que surgen balbucientes desde sus oscuridades abisales, diciendo —o repitiendo— su verdad íntima y soterrada y desaparecen hundiéndose nuevamente en su tejonera espiritual, vacíos ya del presunto "mensaje" o de la "verdad reveladora". Niñas precoces o jóvenes "talentos" que escriben sobre sexo o dan en sentirse embarcados por la "angustia" o el "miedo existencial": surge "la novela", es comentada, discutida, se suceden las entrevistas y los reportajes. El "genio temprano" es ensalzado o agriamente denostado —al fin y al cabo forma parte del juego— y después de algunos años de exhibirse en salones y cafés "de escritores" desaparece en el anonimato burocrático.

¿Qué quedó del "mensaje", qué de la "nueva visión" o de la novedad estilística?

Nada. O casi nada. Tan sólo uno que otro concepto trasnochado y mal digerido, directamente extraído de los "grandes" o un borroso retrato de una realidad mal observada y peor descrita.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, suele aparecer en el heterogéneo campo de nuestras letras, una obra, un libro, un autor, que logran sacudir el envarado clima en que se desenvuelven nuestras catequizadas nuevas promociones. Entonces, la pregunta que nos formulamos en torno a si es o no posible que un autor joven pueda escribir sobre gente joven sin tener que embriagarse con el zumo de una seudorealidad conceptual y especulativa que no guarda relación con el medio que se pretende interpretar o describir, queda, de hecho, contestada afirmativamente.

Es el caso de Rodrigo Quijada. El autor, en las postrimerías de la adolescencia (20 años de edad), nos describe las vivencias de una adolescencia temprana. Sólo que no son *sus* vivencias. Sería demasiado sencillo. Y es lo que mal o bien han tratado de hacer sus predecesores.

Su lente —visor certero— se sitúa en el centro de la problemática que circunda, oprimiendo, al ser que ha llegado a esa edad en que terminan de definirse los caracteres biosíquicos y entran en contacto con un medio que no suele corresponder con las prefiguraciones intelectuales o morales predicadas por los componentes del mundo adulto.

Surge en esta obra la eterna trama —por lo mismo universal y valedera— de la adolescente seducida que espera un hijo. Su angustia es concreta. Su miedo, una realidad espesa y tangible. Emerge la pugna entre los preconceptos, la moral, su instinto, el temor a la muerte. Está además el hombre. Un muchacho como ella, sólo que con más miedo que ella. Incapaz de afrontar una responsabilidad que, en última instancia, no es suya. Pero es en ella, en la protagonista (su nombre no aparece en ningún momento), en quien se centra la totalidad de la acción. El resto de los personajes, esquemáticos y levemente desdibujados, son enfocados a través del espíritu con-

fuso y atribulado de ella, agobiada por *su* problema, absorbida y agotada toda su capacidad de análisis de los seres y cosas que la rodean.

Incluso, respecto de la madre: "Cada minuto más vieja. Más derrotada. Con la mañana despuntan nuevas arruguillas que se acomodan junto a los grandes surcos. Un rostro tan distinto. Amarillento. Con los ojos hundidos. Y el pelo opaco insensible a las tinturas. Ningún rastro de belleza, si es que la hubo. ¡Y pensar que alguna vez amó! Besando y procreando. Latiendo al contacto del ser amado. Antes en el tiempo. Tanto tiempo. Un instante".

Anciana prematura llena de miedo y de tristeza. Abandonada por su marido. Bastan unas pocas líneas para indicarlo.

Lo mismo ocurre con los otros: Manuel, Jorge, Margarita, Marcela y Luís, la pareja amiga: "Sin embargo, sus escenas no nos asombraban. En oportunidades eran tan dulces como éstas y otras —la mayoría— acres y violentas. Se amaban decían. Aun al abofetearse realizaban actos de amor".

Y es que el autor ha conseguido, merced al uso acertado de un lenguaje sintético, definir en dos o tres plumadas caracteres y situaciones que quizá para otros hubiera significado una agobiadora verborrea analítica.

Momento culminante de la obra es aquél en que la protagonista se enfrenta al amor en la perplejidad del primer contacto físico, siempre ultrajante, siempre lleno de dolor y de algún espanto:

"El dolor estalló sobre mí. Cubriéndome. Una llamarada rojinegra. Al principio, la boca de Manuel inició su curvatura apasionada. Y, después, el dolor prolongado. Haciendo que me sintiera asesinada, herida por todas las fuerzas de la tierra. "Estoy en el amor", me decía a mí misma, animándome. Pero la yerba seguía combándose al peso de mi cuerpo. Y el amor —ese era— me laceraba, me torturaba, me martirizaba... Ahogaba la luz con los párpados apretados. Así, me sentía como si fuese otra. Una mujer distinta entregada al amor... Me envolvía su aliento. Sus palabras entrecortadas y el horrible jadeo. Todo sobre mí, sobre la techumbre opaca del cielo".

Está el estilo. Sólidamente conformado. Preciso. Profundamente entronizado en la temática a la que consigue expresar de manera magistral: "una frase que llega a veces a transformarse en un delicioso morse telepático", nos dice en el prólogo Teófilo Cid.

No existe en el relato una unidad cronológica estricta, sino que el tiempo se bifurca en una dualidad en que pasado y presente son narrados (el uno en primera, el otro en tercera persona) en un sugestivo contrapunto a través del cual se desenvuelve la acción hasta llegar a un desenlace en que ambos tiempos se funden en una suerte de unidad antagónica: el recuerdo, con el primer contacto de los cuerpos, la afirmación vital; el tiempo presente, con la suprema negación de aquella unión, la muerte en la oscuridad, en el no-ser.

Profundo conocedor del alma adolescente, psicoanalista intuitivo, el autor desarrolla plenamente su capacidad narrativa en la descripción del caos mental de la protagonista: ingenua, confusa, despiadada y llena de miedo y superstición. Debe aceptar cualquier cosa para escapar de aquello. La

ignominia. Triunfará finalmente "la sociedad". El "buen nombre". El no-amor.

"Se tiende sobre las cobijas. Esperar la media noche. Como para Año Nuevo. Esta vez sin cena y sin abrazos. Con la esperanza. Toda la esperanza posible. Para su dignidad. Para la dignidad de todos y de cada uno. Que no se sepa. Que no lo sepa nadie. Que no se sepa nunca. Sólo él. Sólo él...".

Luego viene la semivigilia y las ideas se entreveran perdiéndose la noción del tiempo y del espacio: "Por los pasillos, por las calles, por los oídos de las vecinas... Las ranas eructan. "Sana, sana, potito de rana". Infancia..." ¿Y tu padre? Está muerto, ya te lo dije... Cuando llueve... ¡Ah, si los pescados navegaran en la ciudad! Aquella embarcación es un congrio. Pero que no se roben el agua... ¿Cierta Margarita?... "No debo dormirme"...

Es un constante fluir en que frases y palabras se deslizan por una especie de mágico caudal, sólidamente engarzadas. El lector pareciera intruir la palabra o la frase que seguirá a la anterior con precisión casi matemática. Es que está el "tempo", la cadencia del lenguaje, perfectamente captado y desarrollado en una constante, sin estridencias ni vacuas depresiones. Ritmo ágil, nervioso a ratos, se eleva por momentos en un "crescendo" que no llega a estallar ni a distorsionar, con ello, la uniformidad rítmica. No hay lugar aquí para la galimatía ni el retruécano. Lenguaje conciso y pletórico de fuerza expresiva, deslizándose como sobre rieles, no se detiene en el preciosismo descriptivo ni hace gala de un vacuo esteticismo.

Obra recia y vital, constituye una aguda visión de una mente que se debate en las zozobras de una situación en que la vida y la muerte se han sucedido en su propio ser en un lapso mínimo, dejando tan sólo un pequeño vacío que se agita "bajo un silencio": "Sola. Con los ojos mudos acosándola... Podría volverse. Caer sobre los brazos. Apretarse contra el pecho. Y odiar. Odiar. Hasta Morir".

Está también el testimonio —pleno de honestidad y de sentido literario— de una juventud que se asfixia en el interior de un viejo foso cabado por los adultos, en un tiempo lleno de desconcierto y de temor.

JOSÉ ROMÁN

*Juan Pérez Jolote*, de RICARDO POZAS A.

Los grupos humanos que habitan el grandioso escenario de nuestra América, desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego, no han sido debidamente valorizados por nuestros escritores como temas para sus obras literarias. Son escasos los novelistas que han mirado al indio o al negro, por ejemplo, como elementos de gran valor humano y los han incorporado, en sus verdaderas dimensiones, a la literatura continental. Enrique López Albuja, Ciro Alegría, Jorge Amado, Jorge Icaza, Lautaro Yankas, entre otros, en diferentes latitudes, han realizado con éxito esa incorporación al cuento o a la novela del negro y del indígena.